

ARTÍCULOS Y COMENTARIOS

DE LA BARCELONA OCHO-CENTISTA

El carbonero feliz

El carbonero feliz : Cada cosa es del color...
: Prohibida industrial : La garza tradicional : La sirvienta lista : La imprudencia de la urraca.

Por un sino especial, las tiendas dedicadas a la venta del carbón al por menor, en Barcelona, no han variado gran cosa durante el último medio siglo. Poco espaciosas, oscuras y sucias, eran en 1860, y siguen siendo lo mismo en nuestros días. Hasta el tipo del carbonero es hoy tan inconfundible y especial como lo era en aquellos dichosos tiempos. Hombre peculiar en la barriada, servicial, paciente y atento con los clientes, sabía ganarse la voluntad y aprecio de todos, siendo a la vez el detective más experto y llamado, ya que con ocasión de penetrar en todos los hogares, todo lo husmeaba, todo lo sabía y todo (o casi todo), discretamente lo callaba. El carbonero que recordamos como prototipo de su clase, era natural del Alto Ampurdán, joven, soltero y guapo... cuando en los días festivos se resolvía a enjambonarse el rostro, mostrándolo con el color natural con que Dios lo había agraciado. La inveterada costumbre de que todo carbonero se presente siempre tan negro como su mercancía, tiene algo de convencional y hasta quizás de fatalista. Nos honramos con la amistad de un carbonero que tiene empeño especial en no andar nunca tiznado, y con el rostro siempre tan limpio como el del más pulcro Adonis. Pues ¿no crearán ustedes que siempre su clientela le ha mirado con cierto recelo, y que, a pesar de su probidad y diligencia, le ha costado siempre colocar su mercancía, todo porque su rostro no aparece tan negro como el carbón? Es propio de la condición humana exigir siempre, no sólo la intrínseca materialidad de las cosas, sino también las circunstancias adjuntas, de que no sabemos prescindir. Así, un salchichero que huele a agua de Colonia, o un portero que no traiga chismes de vecindad, nos producen la misma repulsión extraña que un carbonero con el rostro limpio.

En Miguel de Darnius era el carbonero ideal en aquellos días. Por ser único en la barriada, y no gastarse otro combustible que no fuese el suyo contaba con todos los vecinos por clientela, y a todos servía y complacía con esmero y puntualidad. Nada de usar la regadera, haciendo descender unos cuantos kilos de beneficio ilegal sobre los rimeros del cok, pino o encina. El entregaba el carbón tal como lo recibía de las vertientes del Montseny o del Puig-Neulós; si otros antes que él se habían permitido alguna rociada alevosa, allá ellos y sus conciencias. El vendía lo que le vendían; llevaba la mercancía a los domicilios, cobraba al contado, requería alguna sirvienta, que soñaba ennegrecerse sacramentalmente, esperaba la República, tal como la predicaba su paisano Abdón Terradas, y cuidaba de su pájaro favorito, o sea de una urraca, negra y repugnante, antipática y fastidiosa, que libre y sin jaula, revoloteaba por la obscura carbonería.

La costumbre de que los carboneros barceloneses en todo tiempo hayan criado semejante avechucho, no sabemos de cuándo ni de dónde dimana. Quien dice que ello es debido a la facilidad con que estas aves limpian de insectos los montones de carbón, y no falta quien afirma ser ello debido a la simpatía del color, ya que en una carbonería no harían buena enjambonada cromática, ni las palomas blancas ni los papagayos verdirrojos. Pero Miguel de Darnius, verdadero paradójico, si los hubo, tenía el orgullo de criar también canarios en medio del carbón, mostrándoles siempre tan limpios y acicalados en sus jaulas de hierro, que parecían estrellas de oro sobre un cielo de tormenta. Pero la garza del Miguel se llevaba todas sus preferencias. Acudía a la voz de su dueño, dejábase acariciar por él sin protestas, tomaba la comida de sus manos y posábase encima del carro cargado de carbón, que descargaba la mercancía, si su dueño se lo indicaba.

Aquella leyenda de la urraca ladrona (la Garza ladra), que fué causa de que una criada inocente fuese condenada por hurto era entonces popular en Barcelona, y más por la ópera italiana que la había divulgado. Y no sabemos adivinar por qué secreta aversión la mayoría de las sirvientas eran enemigas del feo pajarraco. Evitaban su presencia, arribaban al algún secreto pantapié y, a no ser por la simpatía que entre el sexo débil gozaba su dueño, muchas hubieran ido más lejos a procurarse el carbón, aunque tal vez en otra carbonería no hubiese faltado tampoco el repugnante animal. Las más listas sabían que para ganar la voluntad del

Miguel era necesario estar en buenas relaciones con la feísima urraca. Y no faltó ampurdanesa, nacida en La Junquera, guapa y arrogante, limpia y de buen ver, que llegó a traer migas de bizcocho y granos de trigo para la urraca, con ánimo de robar de paso el corazón del carbonero. Y la cosa no iba más allá, porque el listo Miguel decía, cuando el asunto empezaba a ponerse serio:

—Yo no puedo amar más que a esta señora del gorro colorado. Y les mostraba una litografía de la República que, pegada con cuatro obleas, tenía en el interior de la tienda.

El carbonero limpio y acicalado iba los domingos por las tardes a la Font del gat, a la d'en Xiroi y a veces a la de la Teula o la Grogga. Allí era el primer corenta de los bailes que se armaban al aire libre, y el envidiado de todos ellos, por el ventajoso cartel de que gozaba entre ellas. Por las noches, y más en épocas de tempestad política, iba al club o al cafetín, en que se conspiraba de lo lindo. Recibió no pocas veces alijos de armas en su carbonería, que bien escondidas debajo del carbón sirvieron después en las barricadas. Su fe política era tenaz y abnegada, pero su conocimiento de los hombres y de la realidad en que vivía la nación eran nulos. Y así, se expuso a ser preso y deportado por varias imprudencias, que pudieron hasta costarle la vida. Una de ellas consistió en no saber observar que la policía vigilaba su tienda de día y de noche, y aquella gentil moza ampurdanesa, que servía en casa del celador del distrito, que no vivía muy lejos, una noche sobresaltada fué a advertirle que huyese en seguida, pues iban a prenderle. Despreció el carbonero la advertencia y dijo que en todo pensaba menos en hurtar el cuerpo. En estas razones vió la muchacha, desde muy lejos, que unos esbirros, acompañados de fuerza armada, avanzaban por un extremo de la calle. Entonces el negro revolucionario no tuvo otro remedio que esconderse rápidamente entre un montón de carbón, que la misma criada fué colocando carifiosamente sobre el cuerpo del carbonero, atenta a que el peso de la mercancía no le ahogase. La misma recibió a los agentes de la autoridad, diciéndoles que el carbonero estaba fuera de Barcelona. Dieron aquéllos un vistazo por la reducida tienda y más misera trastienda, e iban a marcharse persuadidos de que no estaba allí el que buscaban, cuando a la pizara urraca se le ocurrió revolotear y picatear sobre el rimer de carbón que tapaba al carbonero. Fijáronse en la actitud del animal, y al levantar sólo dos o tres brasas, vieron al infeliz conspirador, que estaba más negro que nunca. Prendieronle, lleváronle a la Torre de la Ciudadela, embacaronle, y al regresar años más tarde a Barcelona, en virtud de una amnistía, no hay por qué decir que se casó con su intrepida paisana, que fué una excelente madre de familia, que vió aumentar los ingresos y el peculio de su esposo, y con el tiempo consiguió substituir en la tienda la estampa de la República por otra del mártir de San Lorenzo, patrón de cuantos tratan con materias combustibles.

ARTURO MASHIERA

LA ACTUALIDAD CIENTIFICA

La noción de tiempo y la teoría de la relatividad

II

En todo cuanto sigue, será preciso un ligero esfuerzo de atención, así como una renuncia completa de prejuicios, cosa ya más difícil de conseguir; pues el apego que se tiene por las ideas adquiridas es mayor que el de un padre por sus hijos y hasta quizás que el de un avaro por su dinero. Sin duda por esto toda conversión se ha considerado siempre como un acto trascendental.

La primera e inmediata consecuencia que se deriva de la experiencia de Michelson a que nos referíamos en un artículo anterior, es que la velocidad de propagación de la luz es independiente del movimiento que pueda poseer el sistema coordinado en el que se realiza la experiencia.

Para comprender bien el sentido que debe atribuirse a este resultado, que está en contradicción con aquel a que nos conducen las ideas clásicas impregnadas de conceptos absolutos, debemos observar que, siendo una velocidad el cociente que resulta de la división de una longitud por un tiempo, mientras no fijemos el modo como procederemos para efectuar nuestras mediciones de espacio y tiempo, nada podremos anticipar acerca el resultado que será obtenido. Así, podemos decir que lo

que de la experiencia de Michelson se deduce, es que tal como nosotros medimos las longitudes y los tiempos, el cociente que resulta cuando se calcula la velocidad de propagación de la luz es independiente del movimiento que posee el observador junto con sus aparatos de medida. Hecha la consideración que antecede y atendiendo, además, a que en nuestras mediciones interviene el rayo luminoso, ya no debe sorprendernos el resultado a que conduce la experiencia mencionada.

Analicemos, ante todo, el concepto de simultaneidad que, según deduciremos, carece del carácter absoluto que estamos habituados a atribuirle.

Consideremos, en efecto, sobre una recta (hágase la figura) tres puntos A, B, C, con equidistancia del punto B a los puntos A y C; si en A y C se producen dos destellos luminosos y son percibidos en el mismo instante por un observador situado en el punto B, éste entenderá que los dos destellos han sido simultáneos. Ahora bien: supongamos que otra recta desliza, con movimiento uniforme sobre la primera, en el sentido AC, y que b es un punto de la recta móvil equidistante de otros dos a c que respectivamente coinciden con A y C al producirse los destellos luminosos referidos. Para un observador situado en b y arrastrado por el movimiento de este punto, serán también simultáneos los destellos mencionados como lo eran para el observador situado en el punto B? Evidentemente no, pues el punto b se aleja del rayo luminoso que procede de A y va al encuentro del que procede de C; de modo que, si hubo simultaneidad de percepción para el observador que está situado en el punto B, no existirá para el que se encuentra unido al punto b. Si tuviésemos noción del movimiento absoluto, y entendiésemos que la recta AC se encuentra en reposo, podríamos razonar del siguiente modo: el observador de b sabe que se halla animado de una cierta velocidad, por lo tanto, podrá hacer la corrección correspondiente de sus observaciones y establecer la simultaneidad de los dos destellos que él percibió en instantes distintos. Pero, según pusimos de manifiesto en un artículo anterior, los únicos movimientos observables son movimientos relativos y, así, con igual derecho podría suponerse que en lugar de ser b el punto que se mueve en el sentido AC, es el punto B el que se mueve en sentido contrario, lo cual conduciría al observador situado en dicho punto a deducir que, hallándose en movimiento y siendo iguales las distancias AB y BC, la percepción simultánea de los rayos luminosos procedentes de los destellos es debida a que el destello del punto C fué anterior al destello del punto A.

Como se comprende, podríamos variar al infinito las hipótesis referentes a los movimientos de los puntos B y b conservando su movimiento relativo, y a cada hipótesis correspondería una idea de simultaneidad distinta. Así, pues, cada observador podrá adoptar como criterio de simultaneidad el que atribuíamos al observador situado en el punto B, prescindiendo del movimiento que su sistema tenga respecto a otros sistemas; pero entendiendo bien que el concepto es puramente relativo y, por lo tanto, dos fenómenos ocurridos en puntos distintos podrán ser simultáneos para los observadores de un sistema y dejar de serlo para los de otros sistemas.

A otra consecuencia vamos a llegar digna también de ser notada.

Supongamos situados sobre la recta ABC una serie de observadores y veamos de qué modo se valdrán para poner de acuerdo sus relojes.

Un observador situado en el punto A manda un rayo luminoso al punto B, en donde es reflejado para volver al punto A. Como el observador de A entiende que el rayo luminoso ha invertido el mismo tiempo en el trayecto de ida que de vuelta, deducirá que la posición que ocupaba la aguja de su reloj al llegar el rayo luminoso al punto B, era la posición media de las que ocupaba al partir y llegar dicho rayo luminoso. Por lo tanto, si los dos observadores situados, respectivamente, en A y B se han puesto antes de acuerdo para marcar una hora determinada en los puntos que las agujas ocupaban en las esferas de sus relojes—que podemos suponer en blanco antes de la experiencia—en el momento en que el rayo luminoso que partió de A ha alcanzado el punto B, haciendo el observador A la corrección antes indicada, sus relojes en lo sucesivo marcarán siempre la misma hora. Como se comprende, la operación descrita pueda repetirse por todos los observadores que estén distribuidos a lo largo de la recta AC, y, así, cuando uno de ellos lea en su reloj una hora determinada, entenderá que todos los demás tienen también la misma hora. Ahora bien; vamos a ver que para los observadores de la recta a b c, que, a su vez, habrán puesto de acuerdo sus relojes por el procedimiento antes descrito, los relojes distribuidos a lo largo del sistema ABC habrán dejado de marcar la misma hora.

En efecto: para un observador situado en el punto a, el sistema ABC está animado de cierta velocidad en el sentido CA, y, por

lo tanto, entenderá que el punto B va al encuentro del rayo luminoso que partió de A y se aleja del que fué reflejado por B. Así, pues, para el observador a, el tiempo invertido por el rayo luminoso en el trayecto AB será menor que el que invierte a su regreso; y de aquí deducirá que el observador A, en la operación antes descrita para poner de acuerdo los relojes de su sistema, tomando la posición media de las que ocupaba la aguja de su reloj al partir y llegar el rayo luminoso como posición ocupada por la aguja, al ser alcanzado el punto B por dicho rayo, habrá cometido un error por exceso en la posición de la aguja, o sea un error por defecto en la graduación de la esfera, que, en definitiva, se traducirá por un retraso en las indicaciones del referido reloj respecto a las del reloj que se encuentra en el punto B. Del mismo modo, el observador del punto a encontrará atrasado el reloj del punto B respecto al del punto C; y así sucesivamente. En resumen: los relojes del sistema ABC, que para los observadores de dicho sistema marchan en perfecto acuerdo, marcan horas distintas, adelantándose a medida que se suceden en el sentido ABC para un observador cualquiera del sistema a b c.

Recíprocamente: para una serie de observadores situados en ABC, respecto a los cuales el punto a se mueve en el sentido AC, el reloj que está unido a dicho punto irá atrasado o, si se quiere, en otros términos, que, para dichos observadores, el movimiento del punto a determinará en el reloj unido a él un amortiguamiento en su marcha.

Como este amortiguamiento tanto ha de producirse en los relojes como en cualquier otro mecanismo y aun en los mismos sistemas biológicos, algunos pretendieron ver en este resultado la sorprendente conclusión de que con una velocidad suficiente podría retardarse de un modo sensible el envejecimiento de los seres vivos; pero obsérvese que, para los seres situados en cada sistema, la vida continuará evolucionando de un modo independiente de su movimiento respecto a otros sistemas, conforme precisamente con el principio de relatividad, y que los resultados paradójicos no aparecen más que cuando comparamos las mediciones efectuadas en sistemas distintos. Podría suponerse que el medio de hacer desaparecer estas, al parecer, anomalías según el concepto clásico de tiempo, consistiría en reunir todos los relojes en un punto para ponerlos de acuerdo, distribuyéndolos luego a lo largo del sistema. Pero, procediendo de este modo, no puede esperarse encontrar ninguna diferencia con las indicaciones de los relojes acordados ópticamente; pues esta diferencia nos revelaría el movimiento absoluto del sistema, conclusión contraria a la que se llega con la experiencia de Michelson y todas las demás, ya numerosas, que se han realizado a este fin.

FERNANDO TALLADA

De Sociedad

Resultó una fiesta espléndida el concierto organizado amoche, en el Palacio de la Música Catalana, por la señorita Carmen Amat, presentando la sala, animadísimo aspecto y viéndose entre el distinguido público lo más escogido de la buena sociedad.

Marcharon a París los señores de Delas Vigo y la señora Rivas de Roa.

De Madrid regresó don Carlos Muntadas.

De su excursión cinegética al cotado Buda regresaron el marqués de Lamadrid, el marqués de Ciudadilla, los señores Girona (don Luis y don Jorge) y don Felipe de Ros.

Sigue algo más aliviado de su enfermedad don Manuel de Torrens, por cuya completa mejoría mucho nos interesamos.

Ha quedado anunciada la inauguración de la temporada de ópera en nuestro teatro de El Liceo, para el sábado, día 31, por la noche.

Marcharon a sus posesiones de San Hilario los marqueses de Monsolís.

Regresaron de la corte, donde pasaron larga temporada, los barones de Segur e hijos.

Pasa unos días en Barcelona el conde de Calderón.

Regresó a Sevilla, después de pasar breves días en nuestra ciudad, el distinguido capitán de artillería don José María de Carranza.

IGOR

ADVERTIMOS A CUANTOS ESPONTANEAMENTE NOS ENVIAN ARTICULOS, QUE NO DEVOLVEMOS LOS ORIGINALES NI SOSTENEMOS CORRESPONDENCIA ADERGA DE LOS MISMOS.